

FIESTAS DE LAS NIEUES



PREGON

Pregón Fiestas Nuestra Señora de las Nieves

Alcalde, amigos, amigas de Agaete, grancanarios, canarios de cualquier isla y amigos y amigas nacidos en otros lugares, pero quienes como yo, también nos sentimos hoy de Agaete; ¡Buenas noches!

Siempre me he preguntado qué poderosa atracción tiene La Rama; por qué esperamos cada año que llegue el 4 de agosto, o mejor el día 3, para venir a Agaete y ponemos todo el cuidado para que nada lo pueda impedir; de dónde surge el encanto de este lugar y el embrujo de esta fiesta, que seduce a tanta gente, gente sencilla, gente del arte y de la cultura de nuestra tierra, y que enamora a cuantos vienen.

Y al revirarlo cada vez, descubres que es la emoción de sumergirte en una liturgia que entusiasma el ánimo: la ceremonia del baile con la rama convoca y hace convivir lo pagano y lo religioso, lo ancestral y lo actual, lo canario y lo universal; a los de aquí y a los de fuera; a los jóvenes y a los mayores; a los que conoces y a los que no habías visto nunca. Es lo gratificante de ese ideal de convivencia alegría que queríamos para siempre, lo que hace que todos rindamos, sin condiciones, nuestro espíritu a la fiesta, a lo mejor de nosotros.

El caso, amigos y amigas, es que todos nos pertrecharemos otra vez de la rama, después de haber cumplido el rito de subir hasta Tamadaba para cogerla. Y todos la llevaremos con la misma ilusión y con la misma alegría: participar en esta fiesta grande que comienza, fiesta en Agaete, pero fiesta de todos los canarios...

Expresando la profunda devoción de muchos, estas ramas de eucalipto, de polo o de pino, con su verde, harán todavía más bella a nuestra canaria Virgen de las Nieves. Y a lo mejor, como mantenían nuestros más antiguos antepasados, el agitar de tantas ramas termina convocando también la lluvia, que nunca viene mal, a esta Fiesta de Nuestra Señora de las Nieves de 2009.

Hoy los agaetenses nos invitan a sentir la alegría de ser y estar en este inigualable lugar de Gran Canaria. Son muchos los que conocen y aman las islas Canarias, y seguramente mucho más después de vivir momentos como éste: de disfrutar de la hospitalidad entrañable y divertida de gente como ustedes, sintiendo la belleza de los parajes de Agaete.

Me hago cargo de su impaciencia por comenzar de una vez la fiesta, imaginando y oyendo el enviable jolgorio que nos espera. Pero es responsabilidad de este pregonero, y sobre todo orgullo personal inmenso, tener el honor de dar el correspondiente pregón. Les prometo leer rápidamente lo que traigo escrito para la ocasión, ya imborrable para mí.

Porque también a este afortunado pregonero, y seguro que a todos los que me arropan en este Huerto, nos apetece dejarnos arrastrar a la sana alegría y enorme diversión, tras la música de las bandas y empujados por las manazas de los papagieyos.

Al fin y al cabo, somos animales festivos, de hecho la especie humana es la única que hace fiesta, que sabe hacer fiestas. No cercenemos la posibilidad de sentirnos gratificados en una manifestación que sólo puede hacerse en comunidad, porque la fiesta sólo es si es pública.

Y no permitamos que a la fiesta nos acompañe ningún mal humor propio, ni tomemos en cuenta el ajeno.

Debo confesar, por un lado, el inmenso honor que me han hecho al encargarme este pregón, a una persona que no es del Pueblo, aunque sea ferviente admirador. Pero al mismo tiempo, el pudor que siento de no poder estar a la altura de las circunstancias que estas fiestas merecen, puesto que no se tienen las vivencias tan cercanas que ustedes tienen del Pueblo y sus gentes y personajes más entrañables, o de la fervorosa admiración a la Virgen de las Nieves. Este pudor es mayor por la calidad de los pregoneros y pregoneras que me han precedido y que han ensalzado de forma prodigiosa la historia y el alma de Agaete. Como ustedes saben Agaete ha cautivado a muchas personas, y numerosos poetas, historiadores, intelectuales y artistas, de dentro y de fuera, han sido engullidos por la magia y la belleza agaetense.

En este sentido, tengo que agradecer mucho a los que me han animado para que me atreviera con esta hazaña que es dar el Pregón.

Conocí Agaete desde niño, mis padres eran amigos de los Hermanos, José, Gabriel y sobre todo Juan de Armas en cuya casa pasamos muy buenos ratos. Eran tiempos en que se visitaba mucho la "Casa de San Pablo" en el Valle, donde se celebraban los "cursillos de cristianidad" de los que mis padres eran asiduos, y claro, el paso por Agaete y una comida en Las Nieves era ritual que se repetía con cierta frecuencia.

Conocí La Rama, y la experiencia de subir a Tamadaba a recogerla, hace ya más de cuarenta y cinco años, gracias a la hospitalidad de los Hermanos Álamo, en las fiestas de San Pedro, en el Valle.

Éramos en aquellos tiempos un grupo de compañeros, que estudiábamos en el Instituto Pérez Galdós, y otros, más tarde del Colegio Corazón de María, que frequentábamos, al menos una vez al año, esta famosa Casa de San Pablo, donde hacíamos aquellos clásicos en otros tiempos, "Ejercicios Espirituales", donde como es natural también tenía cabida, tiempo para la diversión y alguna travesura.

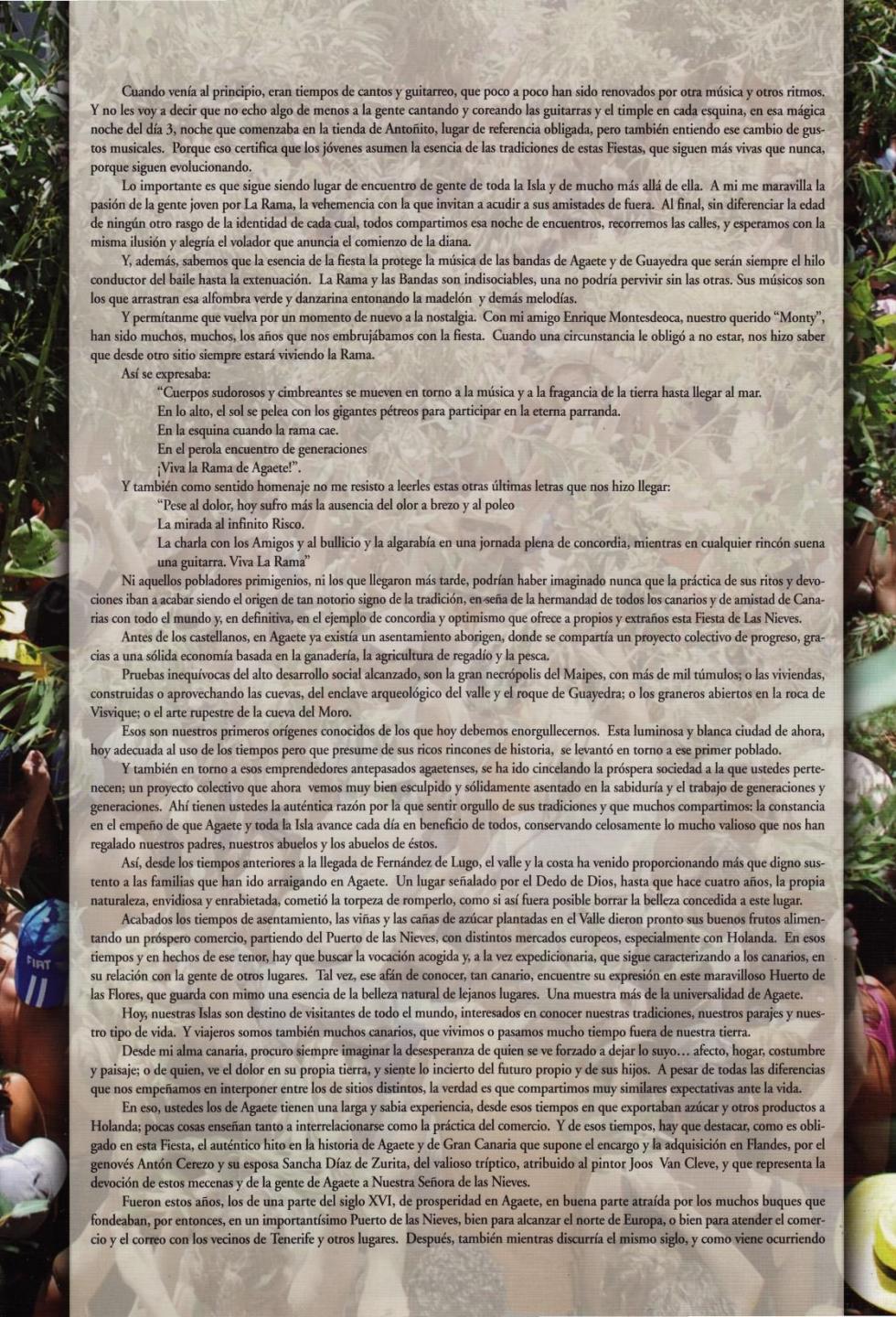
Y desde ese entonces me maravilló siempre, la impresionante vista que tiene Tamadaba vista desde el Valle.

Por tanto, quiero advertirles que antes de ser tocado por el honor de alcanzar la alta categoría de pregonero de las Fiestas de Nuestra Señora de las Nieves, he pasado un largo periodo de meritorio de más de cuarenta años. Desde muy joven, porque ya lo soy menos, he repetido muchas veces el ritual de venir a la Fiesta de La Rama, de desembarcar en la Playa de las Nieves al mediodía del día 3. Allí en la Playa, iniciaba y lo sigo haciendo, la fiesta junto a los muchos amigos que respondían y siguen respondiendo a la inapelable e inaplazable convocatoria de La Rama.

Esa playa de las Nieves ha sido siempre pieza fundamental de las fiestas para mí y para tantos, acogiéndonos desde el principio para comenzar la ambientación para la fiesta. Con su derroche de luminosidad es privilegiado observatorio, desde donde mirar el azul marino con el Dedo de Dios al fondo, lo alto de Tamadaba, la más lejana Guayedra, el horizonte finito en La Aldea, o adivinar en la lejanía, Tenerife. En su orilla, acabar como siempre La Rama, con el tradicional y ansiado chapuzón reparador, tan necesario para recuperar fuerzas y acometer su retreta. Su orilla, o el muelle viejo, también esta vez, seguirá siendo lugar de encuentro y de despedida de los amigos, y lugar también de nostalgia entre la alegría, donde echar de menos a los que no vinieron o ya no están con nosotros.

Entre tanto, estas calles nos esperan para compartir la fiesta. Y hablaremos ese lenguaje universal que une y hace que la calle deje de ser lugar de tránsito, para convertirse en lugar de encuentro en el que se suceden los abrazos, las muestras de cariño, la amistad y la rememoración de vivencias anteriores.





Cuando venía al principio, eran tiempos de cantos y guitarreo, que poco a poco han sido renovados por otra música y otros ritmos. Y no les voy a decir que no echo algo de menos a la gente cantando y coreando las guitarras y el tambo en cada esquina, en esa mágica noche del día 3, noche que comenzaba en la tienda de Antonito, lugar de referencia obligada, pero también entiendo ese cambio de gustos musicales. Porque eso certifica que los jóvenes asumen la esencia de las tradiciones de estas Fiestas, que siguen más vivas que nunca, porque siguen evolucionando.

Lo importante es que sigue siendo lugar de encuentro de gente de toda la Isla y de mucho más allá de ella. A mi me maravilla la pasión de la gente joven por La Rama, la vehemencia con la que invitan a acudir a sus amistades de fuera. Al final, sin diferenciar la edad de ningún otro rasgo de la identidad de cada cual, todos compartimos esa noche de encuentros, recorremos las calles, y esperamos con la misma ilusión y alegría el volador que anuncia el comienzo de la diana.

Y, además, sabemos que la esencia de la fiesta la protege la música de las bandas de Agaete y de Guayedra que serán siempre el hilo conductor del baile hasta la extenuación. La Rama y las Bandas son indiscutibles, una no podría pervivir sin las otras. Sus músicos son los que arrastran esa alfombra verde y danzarina entonando la madelón y demás melodías.

Y permitanme que vuelva por un momento de nuevo a la nostalgia. Con mi amigo Enrique Montesdeoca, nuestro querido "Monty", han sido muchos, muchos, los años que nos embrujábamos con la fiesta. Cuando una circunstancia le obligó a no estar, nos hizo saber que desde otro sitio siempre estará viviendo la Rama.

Así se expresaba:

"Cuerpos sudorosos y cimbreantes se mueven en torno a la música y a la fragancia de la tierra hasta llegar al mar.

En lo alto, el sol se pelea con los gigantes pétreos para participar en la eterna parranda.

En la esquina cuando la rama cae.

En el perola encuentro de generaciones

¡Viva la Rama de Agaete!"

Y también como sentido homenaje no me resisto a leerles estas otras últimas letras que nos hizo llegar:

"Pese al dolor, hoy sufro más la ausencia del olor a brezo y al poleo

La mirada al infinito Risco.

La charla con los Amigos y al bullicio y la algarabía en una jornada plena de concordia, mientras en cualquier rincón suena una guitarra. Viva La Rama"

Ni aquellos pobladores primigenios, ni los que llegaron más tarde, podrían haber imaginado nunca que la práctica de sus ritos y devociones iban a acabar siendo el origen de tan notorio signo de la tradición, en señal de la hermandad de todos los canarios y de amistad de Canarias con todo el mundo y, en definitiva, en el ejemplo de concordia y optimismo que ofrece a propios y extraños esta Fiesta de Las Nieves.

Antes de los castellanos, en Agaete ya existía un asentamiento aborigen, donde se compartía un proyecto colectivo de progreso, gracias a una sólida economía basada en la ganadería, la agricultura de regadío y la pesca.

Pruebas inequívocas del alto desarrollo social alcanzado, son la gran necrópolis del Majes, con más de mil túmulos; o las viviendas, construidas o aprovechando las cuevas, del enclave arqueológico del valle y el roque de Guayedra; o los graneros abiertos en la roca de Visvique; o el arte rupestre de la cueva del Moro.

Esos son nuestros primeros orígenes conocidos de los que hoy debemos engorillecernos. Esta luminosa y blanca ciudad de ahora, hoy adecuada al uso de los tiempos pero que presume de sus ricos rincones de historia, se levanta en torno a ese primer poblado.

Y también en torno a esos emprendedores antepasados agaetenses, se ha ido cincelando la próspera sociedad a la que ustedes pertenecen; un proyecto colectivo que ahora vemos muy bien esculpido y sólidamente asentado en la sabiduría y el trabajo de generaciones y generaciones. Ahí tienen ustedes la auténtica razón por la que sentir orgullo de sus tradiciones y que muchos compartimos: la constancia en el empeño de que Agaete y toda la Isla avance cada día en beneficio de todos, conservando celosamente lo mucho valioso que nos han regalado nuestros padres, nuestros abuelos y los abuelos de éstos.

Así, desde los tiempos anteriores a la llegada de Fernández de Lugo, el valle y la costa ha venido proporcionando más que digno sustento a las familias que han ido arraigando en Agaete. Un lugar señalado por el Dedo de Dios, hasta hace cuatro años, la propia naturaleza, envidiiosa y enrabietada, cometió la torpeza de romperlo, como si así fuera posible borrar la belleza concedida a este lugar.

Acabados los tiempos de asentamiento, las viñas y las cañas de azúcar plantadas en el Valle dieron pronto sus buenos frutos alimentando un próspero comercio, partiendo del Puerto de las Nieves, con distintos mercados europeos, especialmente con Holanda. En esos tiempos y en hechos de ese tenor, hay que buscar la vocación acogida a, y a la vez expedicionaria, que sigue caracterizando a los canarios, en su relación con la gente de otros lugares. Tal vez, esa afán de conocer, tan canario, encuentre su expresión en este maravilloso Huerto de las Flores, que guarda con mimo una esencia de la belleza natural de lejanos lugares. Una muestra más de la universalidad de Agaete.

Hoy, nuestras Islas son destino de visitantes de todo el mundo, interesados en conocer nuestras tradiciones, nuestros parajes y nuestro tipo de vida. Y viajeros somos también muchos canarios, que vivimos o pasamos mucho tiempo fuera de nuestra tierra.

Desde mi alma canaria, procuro siempre imaginar la desesperanza de quien se ve forzado a dejar lo suyo... afecto, hogar, costumbre y paisaje; o de quien, ve el dolor en su propia tierra, y siente lo incierto del futuro propio y de sus hijos. A pesar de todas las diferencias que nos empeñamos en interponer entre los de sitios distintos, la verdad es que compartimos muy similares expectativas ante la vida.

En eso, ustedes los de Agaete tienen una larga y sabia experiencia, desde esos tiempos en que exportaban azúcar y otros productos a Holanda: pocas cosas enseñan tanto a interrelacionarse como la práctica del comercio. Y de esos tiempos, hay que destacar, como es obviado en esta Fiesta, el auténtico hito en la historia de Agaete y de Gran Canaria que supone el encargo y la adquisición en Flandes, por el genovés Antón Cerezo y su esposa Sancha Díaz de Zurita, del valioso tríptico, atribuido al pintor Joos Van Cleve, y que representa la devoción de estos inecuos y de la gente de Agaete a Nuestra Señora de las Nieves.

Fueron estos años, los de una parte del siglo XVI, de prosperidad en Agaete, en buena parte atraída por los muchos buques que fondeaban, por entonces, en un importantísimo Puerto de las Nieves, bien para alcanzar el norte de Europa, o bien para atender el comercio y el correo con los vecinos de Tenerife y otros lugares. Después, también mientras duraría el mismo siglo, y como viene ocurriendo



con frecuencia ciclica, "vinieron las vacas más flacas". Entonces fue porque los americanos nos hicieron la competencia con el azúcar y la actividad comercial se quedó reducida a la venta del vino en Agaete.

El caso es que el pueblo dejó de producir y de crecer y mucha gente hubo de emigrar a otros lugares para buscarse el sustento. Una situación que, salvando todas las abismales distancias en cuanto a protección social y conocimientos económicos, tiene su parecido a la crisis económica que ahora nos acojona y que, esta vez, afecta a esa aldea global que es hoy, de hecho, nuestro planeta. También entonces muy posiblemente, unos se ayudaron a otros para capear la escasez. Hoy, desde luego, la solidaridad con quien carece y sufre es un deber ético de todos que nadie debe eludir.

Y pasó el tiempo y llegó el siglo XVII, sin que Agaete ni nuestra Isla en general lograra levantar mucho la cabeza. Hasta que ya en el XVIII, la agricultura ocupa cada vez a más gente y brotan núcleos de vecinos como El Sao, El Hornillo o el Valle, para que Agaete ya se parezca al que hoy conocemos.

Después vendrá el XIX y el cultivo de la cochinchina y del tomate y más tarde del plátano; y la construcción de un nuevo muelle para comerciar más con nuestras islas hermanas; y la formación de una burguesía comerciante y agraria a la sombra de todo esto; y la pesca de bajura, de cabotaje y mercante, que ha acabado por significar Agaete como guardián de una marcada tradición marinera. No es por nada que a la Virgen la escolta muy cerca esa larga tradición.

Y como prueba más visible de que Agaete es otra vez una población próspera recordaré que, según el cronista Suárez Moreno, antes de la Primera Guerra Mundial, ya contaba "con telégrafo, centro social y recreativo, una docena de tiendas, un médico y botica, nueve modistas y un sastre, relojería y seis zapaterías".

También, ya a finales de ese siglo, llegan los turistas pioneros, ingleses que descubren el balneario y el hotel Los Berrazales, anunciando e iniciando la actual actividad turística de Agaete, que sigue conviviendo con las tradicionales dedicaciones agrícola, ganadera y pesquera.

Vemos pues que cualquier rincón de la historia de Agaete que miremos, encontramos el esfuerzo por mejorar en un lugar del que todos sus pobladores han estado de acuerdo en conservarlo a toda costa. Y la verdad es que nadie en su sano juicio renunciaría al gozo de estar aquí.

La historia de Agaete, viene a enseñarnos, como tantos acontecimientos en la historia universal, que es fácil el progreso humano si lo asumimos desde el esfuerzo conjunto, contando con los de al lado. Por eso, en la actualidad, en la era de mayor avance alcanzado, cuando más conocemos y tenemos, asombra que no sepamos, o no queramos, compartir las posibilidades que existen para que todos tengamos la misma oportunidad de vivir dignamente.

Inexplicable a estas alturas de la historia de la humanidad, resulta echar un vistazo al panorama actual y comprobar el inmenso sufrimiento que sigue causando en muchos lugares la pobreza y la violencia, como instrumento de la codicia, el egoísmo o la intransigencia de algunos.

A todos ustedes les propongo que, en torno a Nuestra Señora de las Nieves, cualquiera que sea nuestra creencia y convicción, nos unamos en lo sucesivo en el mismo esfuerzo para conquistar, de una vez, el derecho de todos a vivir en paz y prosperidad; el derecho a sentir alegría, como la que hoy podemos disfrutar nosotros aquí.

Pero volvamos a la fiesta y rendimos justa y respetuosa pleitecía a su protagonista. Porque han sido muchos siglos durante los que Nuestra Señora de las Nieves ha acompañado a los agaetenses y a los canarios en su esfuerzo cotidiano. Han sido muchos siglos e infinitas las ocasiones en que la devoción a nuestra Virgen ha sido ayuda imprescindible para muchísimos a la hora de enfrentarse a los malos momentos. Por eso, qué menos, que cada año celebremos en su honor, lo que junto a Ella hemos conseguido.

Ahora, les pido que nos preparemos para bailar y agitar las ramas como forma de desahogar, si los ha habido, momentos de dolor o pena desde la última Rama. Y sobre todo, como método para compartir la alegría por lo mucho que, sin duda, nos regala siempre el afecto, la amistad y la generosidad de los demás; y a la vez, para estar contentos por aquello que podamos haber hecho para ayudar a otros a que les vaya mejor.

La fiesta es un elemento de identidad y un motor de la conciencia que espolea los mejores sentimientos, y es por ello por donde el ser humano empieza a tomar conciencia de sí mismo y de su lugar en el mundo. La Rama es nuestra fiesta y la muestra de que lo nuestro pervive.

Es momento de que Agaete muestre con orgullo a todos sus tradiciones, las que son imposible llevarse fuera de Gran Canaria, porque sólo pueden vivir y vivirse aquí. Es momento de que todos los que estamos aquí acompañemos a nuestra Virgen en procesión, arropándola con nuestra alegría y nuestro agradecimiento, porque en torno a ella, después de siglos, los agaetenses siguen fundamentando su ejemplar convivencia.

Agaetenses y amigos de Agaete, disfrutemos hasta que la traca final nos atrene.

¡Viva la Fiesta en paz!

¡Viva Nuestra Señora de las Nieves!

¡Viva La Rama!

¡Viva Agaete!

JUAN MANUEL SUÁREZ DEL TORO RIVERO